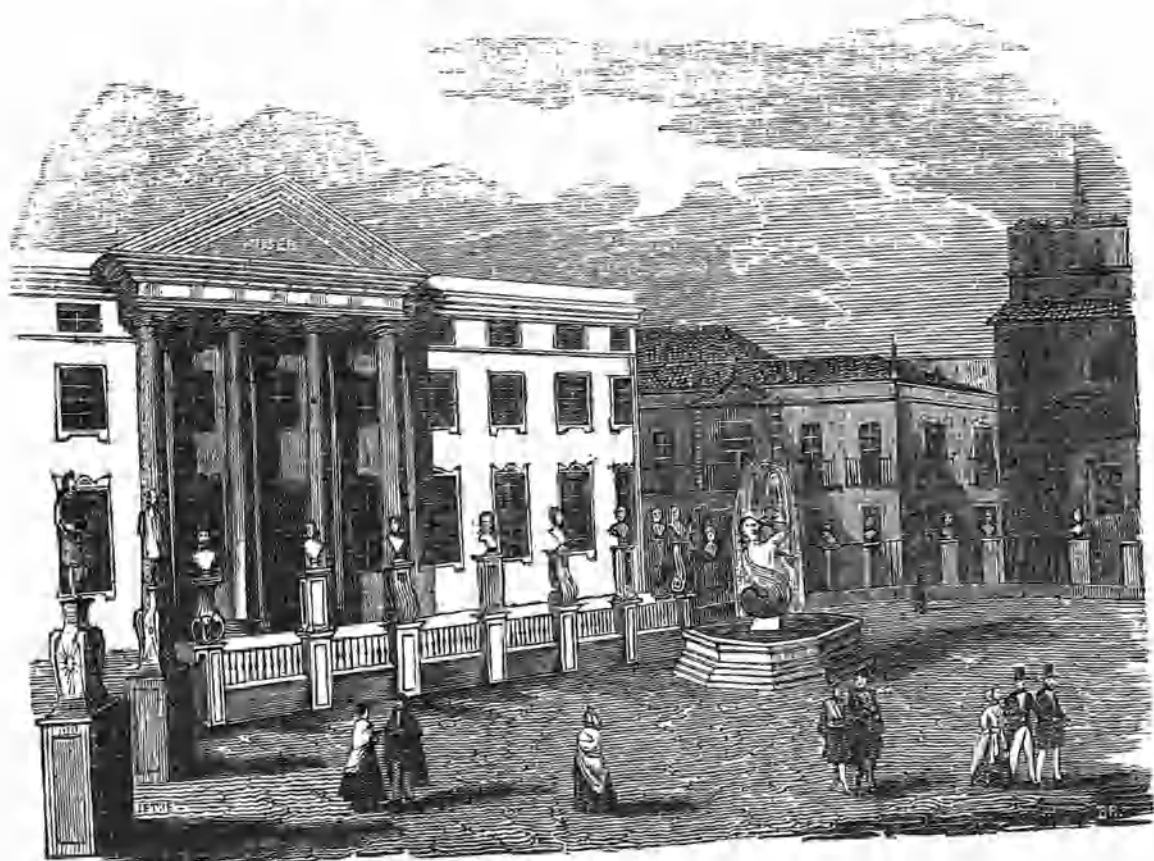


ESPAÑA PINTOYESCA.



Una visita al Museo de Pinturas de Sevilla.



A creación de un Museo en la bella odalisca del edem andaluz, ha sido bajo todos conceptos una de esas felices ideas que mas caracterizan el espíritu de la época. Reunidas allí muchas de las notables obras de los antiguos y eminentes pintores españoles, proporcionan al curioso investigador un precioso conjunto en que puede estudiar la historia de los mas halagüeños dias del celestial Murillo y el espiritual Zurbarán.

Para apreciar en todo su valor la envidiada escuela sevillana, para dilucidar con precision sobre el filosofismo de esos artistas, preciso es visitar con detenimiento los vastos salones do se hallan depositadas las encantadoras obras de aquellos talentos prodigiosos, que, recordando el pasado, reaniman

el presente y dan cierta esperanza para el bello porvenir. Hállase allí representada por Murillo, Zurbarán, Herrera, Polanco, Valdés, Varela, Torres, Roelas, Meneses, Martínez, Céspedes, Castillo, Pacheco, Simón, Márquez, Vázquez, etc. Pero lo que eleva, diviniza si se quiere á aquella série instructiva para el profundo estudio de la escuela sevillana, es la reunion de veinte y cuatro cuadros, los mas sobresalientes que haya producido el autor del *San Antonio de Padua*, que guarda la pesada reja de la capilla bautismal de la gótica é imponente catedral. Para definir á Murillo, cuyas sabias lecciones tanto eleváran á su discípulo el Mulato, del que tambien se poseen algunas obras, para comparar sus épocas, admirar sus poesias y penetrarse á fondo del mérito artistico del pintor que mas escita el entusiasmo de los que se enorgullecen con los triunfos del antiguo arte español, trasladémonos al Museo Sevillano, y ante los colosales lienzos que mancháran sus vaporosas tintas, contemplemos el mágico encanto de sus divinas vírgenes, cuyos ligeros rop-

jes de azul y púrpura caen en ondulantes pliegues, que se agitan en medio de una atmósfera diáfana y pura.

Apenas nuestra planta se posa en medio del pavimento del elegante salón, cuyas paredes se hallan decoradas por aquellas místicas e impresionables creaciones, nuestra alma se eleva al percibir las abultadas figuras, cuyo fuerte claro-oscuro contrasta tan admirablemente con la dulzura de sus medias tintas. El discípulo de Rivera se ostenta radiante con todo el idealismo de su filosófica imaginación; porque toda la magia de su poder, todo el encanto de su ligero pincel, no se concibe hasta que se contemplan uno y otro día sus obras, y se impregna el corazón de aquel fervoroso arrebatado, que se manifiesta en los encantadores rostros de sus vírgenes, aquella celestial sonrisa de sus desnudos ángeles, que se confunden entre las transparentes nubes de sus fantásticas glorias.

Conduzcamos pues al viajero hacia el lugar en que se encuentra el templo de tan hermosos ídolos: sigamos a lo largo la calle de las Armas, una de las más anchurosas y regulares de la capital, y a su final, antes de hallarse frente a frente de la Puerta Real, de antigua estructura, divisaremos a la izquierda un edificio que se oculta entre las verjas que le rodean, y cuyas feas formas van por grados desapareciendo. Muchos años debieron pasar antes que el tradicional convento de los Mercenarios hubiese alcanzado su grandeza y su importancia actuales: pero qué no hace el tiempo!

En 1838, bajo los auspicios del escritor D. Serafín Esteban Calderón, jefe político en aquella época de esta ciudad, fué instalado el Museo de pinturas. Todas las buenas obras que se hallaban diseminadas por los solitarios claustros de los estinguídos conventos ó monasterios, ó bajo las elevadas bóvedas de sus templos, fueron trasladadas al local en que hoy se admiran. Como no podía menos de suceder, pocos días bastaron para verlo convertido en santuario del arte, encerrando en su recinto más de seiscientos noventa y seis lienzos, de los cuales solo hay colgados a la presente cuatrocientos noventa y seis.

No obstante el esmero con que las juntas directivas, compuestas siempre de personas de ilustrados conocimientos, han procurado dar fin al primitivo pensamiento, véase, no sin pesar, que algunos de los cuadros más notables se hallan en un estado de deterioro sensible, sin que se provea a su indispensable restauración. El artista D. Antonio Cabral Bejarano, conservador del establecimiento desde su creación, y cuyos desvelos, seremos justos, son muy plausibles, si se atiende a lo que ha trabajado por el engrandecimiento del Museo, comenzó la proyectada restauración, basta aquellos momentos en que los fondos fueron aplicados a otro objeto. Suspenso aquel trabajo, hace que los cuadros permanezcan en ese abandono tan perjudicial como extraño, y que tanto contribuye para no ver en todo su apogeo tan honroso establecimiento.

Retocados todos los cuadros que, colgados ó hacidos entre el polvo, yacen privados del examen público, abríriáanse nuevas galerías que acaso contendrían todos los géneros ó estilos que componen la es-

cuela sevillana, marcados en los numerosos lienzos que se arrancáran a la oscuridad de los claustros y rectorios que los poseyeran. Ya lo hemos notado y lo volveremos a notar más veces si necesario fuera: no sabemos por qué ese capricho ó necesidad de posesión tan nociva para el buen lustre del Museo que engalana a la seductora diosa del Guadalquivir; empero, sepárennos de nuestra mente esas vagas digresiones, y demos una ligera idea de los cuadros más bellos que divisamos. Estamos en la gran escalera de piedra cuyos tramos se dividen en dos opuestas direcciones: nada hay en ella de notable, sino su anchura y cómodas gradas. Concluida su ascension, se encuentra uno ante las galerías que conducen a los salones. A la izquierda se halla el quinto: es la sala llamada de Murillo... Murillo! nombre glorioso: allí se presentan en conjunto las más grandiosas producciones del genio de la pintura española, del rey de la escuela sevillana.

Contemplemos una á una las hermosas pinturas que se destacan de las paredes de aquel rico salón, iluminado por el fuerte resplandor de sus góticas ventanas. Cuánta belleza y sublimidad se manifiestan en aquellas celestres creaciones, que el pintor, después de Dios, como él, ha sabido darles vida é inteligencia!

A la izquierda, en el centro de la pared de testero del salón, descúbrese un lienzo como de una vara en cuadro, representando el busto de una madona en cuyos brazos reposa un niño desnudo. Es la *Virgen* llamada de la *Servilleta*, feliz capricho que el artista ejecutara en uno de los paños que un lego se trajera para el servicio de la mesa, cuando trabajaba en el convento de los padres capuchinos; capricho que dió lugar a el sirviente en uno de los días en que le reclamara el perdido trabajo. Su colorido es de los más suaves del autor, y sus figuras están pintadas con tan extraordinaria facilidad, que parecen ser de aquellos últimos momentos en que floreció Velázquez. El niño, si bien no es de una belleza ideal, ofrece extremo interés por sus graciosas y naturales formas.

A la derecha del lindo cuadro que hemos descrito, se halla otro que representa una *Belen*, obra de su primer tiempo, en la que se nota una fuerza de claro-oscuro de mucho efecto. Hay también una *Piedad*, la cual se encuentra sumamente deteriorada, sobre todo el pecho del Cristo que está desahogado; sin embargo, los restos que se conservan son buenos.

En las partes laterales del rico salón se admiran las demás obras del sublime pintor, que son: *Santo Tomás*, distribuyendo limosna a los mendigos, composición sencilla y natural.

San Felice de Cantalicio, obra de un mérito sorprendente. En el todo de la composición hay ese bello ideal que tanto seduce, hasta el punto donde más puede llevarse. Está pintado con mucha valentía, y la cabeza de la Virgen es la más bella que ha trazado su mágico pincel, lo que ha hecho que Murillo la llamara su perla.

La *adoracion de los pastores*, cuadro de mucha óptica y ligereza en el toque. Es una de las obras que Murillo ha ejecutado con más gracia y soltura.

San Antonio, postrado ante el niño Jesús, cuyo estilo hace recordar á Wandik. El niño, que está sentado sobre un libro, es graciosísimo. En las tintas que usará en la iglesia, hay tal transparencia, que los ángeles se perciben al través de las nubes como cubiertos con ligeras gasas.

San Francisco, abrazado con Jesucristo, cuadro de su buen tiempo y de gran dibujo, aun cuando su asunto no lo encontramos de la mejor inspiración.

San Juan y San José, que forman colección, pintados con mucha masa de color, tal fuerza de claro-oscuro y arrojó en el toque, que hacen recordar los más sobresalientes del Españolito.

Santa Justa y Rufina.

San Antonio y San Félix, de medio cuerpo.

La Anunciación, cuadro pintado para cierta elevación.

San Pedro Nolascó, en el acto de recibir el sagrado escapulario de la madre de Dios, obra que se conoce ser de su época media, y que se encuentra colocado, tal vez por falta de espacio, en el salón tercero, en medio de los de Simón.

Abandonando la referida sala de Murillo, no sin llevar en la mente los recuerdos de aquellas ideales inspiraciones, que pasan al corazón haciéndole partícipe de las gratas emociones, y recorriendo las estrechas galerías decoradas de los cuadros más endebles que posee el Museo, penetramos en los anchurosos salones, números 3 y 4, bajo cuyos artesanos techos se conservan algunas de las mejores obras de Valdés, de Simón Gutierrez y de otros no menos célebres autores: empero nuestra ávida vista agítase presurosa por descubrir á Zurbaran. Ni un solo cuadro se percibe aun cuando se ascienda la escalinata del intercolumnio corinto que sirve de entrada al inmediato salón. El rival de Murillo ostenta el producto de su talento en las elevadas paredes del salón bajo. Allí, bajo la renombrada *Concepción* de Murillo, esa virgen bella y espiritual, que en medio de sus ángeles huyó á los cielos, está el colosal cuadro de *Santo Tomás de Aquino*, rodeado de los doctores de la iglesia. ¡Qué mágico efecto se percibe cuando se admira el bulto de sus bien plegados miembros, el valiente claro-oscuro de sus destacadas figuras! Zurbaran es en aquella grandiosa composición lo que Murillo en su imitable *San Antonio de Padua*.

Hay además de ese sorprendente cuadro, otros del mismo artista, que son:

Cristo en la tumba, que, aunque muy maltratado, es de gran efecto.

Un refectorio de padres Cartujos, de figuras al natural.

San Bruno conferenciando con el Papa.

San Gregorio y San Francisco.

Santo Domingo.

La Virgen llamada de las Cuevas, amparando bajo su manto á algunos Cartujos que yacen postrados, y seis magníficos crucifijos de diferentes tamaños.

De Boj, se conserva el brillante cuadro del *Juicio final*; pero, desgraciadamente se oculta entre los que el polvo destruye, sin que hayan aun merecido el galardón de ser colocados en sus respectivos

sitios para que pudieran ser estudiados por los conocedores del arte.

De Domingo Martínez hay otra buena obra de colosal dimensión, que representa el *Triunfo de la Pureza*, alegoría de elevado pensamiento.

Sobre una pequeña puerta que se halla á la cabeza del salón, se descubre un lienzo sumamente apaisado, debido al correcto pincel de Alonso Cano. Este cuadro, único que de este autor encierra el Museo, por el asunto que representa, debe haber servido para algún retablo de Animas.

Muchos artículos serian necesarios si hubiéramos de describir uno por uno los buenos lienzos que hemos examinado en las repetidas veces que han tenido lugar nuestras visitas artísticas. También se guardan allí, aunque en número muy reducido, algunas esculturas de imponderable mérito. Sobre pedestales de material vense reclinadas las *Cuatro virtudes*, de buenas formas; una Virgen, mostrándole al niño Jesús el mundo que viene á relinmir, de cierta belleza en las formas y esquisito gusto en los caprichosos pliegos de su elegante ropaje, obra del célebre Torrijano.

Solicitó el erudito Cean Bermudez por hallar esa Virgen tan celebrada en ciertos apuntes, registró cuantos lugares sospechaba que pudieran ocultarla. Todo fué inútil; y, á no haber sido por un curioso monje de San Gerónimo que llegó á descubrirla en uno de los sucios desvanes del retirado monasterio, envuelta entre empolvadas telas que la desfiguráran, nunca acaso se hubiera recuperado tan rica joya. Necesitando el cura párroco de San Gil de una santa imagen para uno de los retablos de la iglesia, pidióla á los referidos monjes que, ignorantes del mérito de la desconocida escultura, no titubearon al concederle su petición. Pero entregada al cuidado de un carrero, cuando llegó á la referida iglesia, no fué sino despiadadamente mutilada. Visto el desgraciado fin de la pretendida imagen, fué abandonada en un rincón de una de las capillas del templo, de donde mejor informados de su mérito, pudo extraerse, la que restaurada por el señor de Fernel, fué trasladada al Museo y depositada en el salón que nos ocupa.

Pero, entre todas las obras de este sublime escultor, ninguna es tan sorprendente como la del renombrado *San Gerónimo penitente*. Juzgada como una de las primeras estatuas modernas de Europa, ¿qué podremos decir que de una cierta idea de su imponente aspecto, de sus detalladas formas? Nada: para formar un juicio exacto, no hay más que verla y admirarla.

Del Montañés hay cuatro soberbias esculturas, dignas todas del cincel de ese esclarecido ingenio. La primera, que se encuentra á la derecha de la puerta de entrada, representa á *San Bruno*, y mas allá se ve á *Santo Domingo penitente*, la *Virgen de las Cuevas* y un *San Juan*, que perteneció á la Cartuja, obras de extraordinario mérito.

Se conoce además del mismo autor un *Cristo*, escultura admirable que, aun cuando pertenece al Museo, se halla, como en calidad de depósito, en la iglesia catedral de esta ciudad; depósito extraño, pues juzgamos que nunca debió haberse estado del sitio que ocupara en aquel local.

Salgamos de este suntuoso salón donde las buenas

pinturas se aglomeran y dirijamos nuestros pasos hacia el próximo núm. 2, concluido hace poco, en el cual se eleva la magnífica sillería del coro de la Cartuja, obra que ejecutó D. Pedro Duque Cornejo, autor también de la que se conserva en la catedral de Córdoba. Los detalles de esta maravillosa obra son tan delicados que admiran, sobre toda la variedad de adornos del gusto plateresco. En todas aquellas partes que parecen repetirse la una á la otra, hay caprichos encantadores que merecen ser examinados con mucha detención. Si hemos de estudiar el conjunto de aquella masa indefinible, penetremos en la hora en que los rayos del sol traspasan los anchos cristales de la ventana lateral, y derramando sus fulgores por todo el ámbito del salón, deja percibir clara y distintamente todas las bellas piezas de aquella hermosa sillería que descansa sobre un zócalo de unos dos pies de elevación sobre el pavimento.

Como hemos visto el Museo sevillano, en cuanto á la parte arqueológica, es poco rico. No sabemos por qué no se ha tenido mas esmero en proveerlo de todos los curiosos fragmentos, que se han estraido en las excavaciones que en diferentes épocas se han hecho en las ruinas de Itálica. Algunos de los pocos que se conservan se encuentran hacinados en los corredores bajos, y otros yacen casi abandonados en el salón bajo del alcázar, sin que se piense en trasladarlos al Museo, único local que debiera poseerlos, puesto que el haberlos depositado allí, solo fue á causa de no haber en aquella época edificio á propósito donde reservarlos con cuidado. Vagos indicios persuaden que el real Patrimonio se ha declarado dueño de aquellos restos de la antigüedad, siendo esta la causa de que hasta el presente no se hayan trasladado al Museo, como objetos de estudio que solo pertenecen á la nación.

Allá en los tiempos de D. Francisco Bruna, protector de la Academia de bellas letras y también de la de bellas artes, celebraba la primera sus sesiones en uno de los salones bajos del referido alcázar. Con los fondos de una y otra, lleváronse á cabo algunas excavaciones que dieron muy felices resultados. La Academia de dibujo, hoy de Santa Isabel, se hallaba entonces instalada en el local que en la actualidad es *Café del Turco*, cuya poca capacidad no permitía encerrar los trozos de las estatuas, grandes pedestales y otras piezas que se encontraron: tal fué la causa que impelió al señor Bruna á trasportarlos á aquel salón, donde, como hemos dicho, existen todavía.

Lo mismo aconteció cuando la Academia de Cádiz hizo venir de la corte algunos modelos de yeso, con el laudable objeto de enriquecerla. Al regresar de esta los artistas que los vaciaron, hizo el Bruna que sacasen otros para la de Sevilla; pero, luchando con la misma imposibilidad de poderlos tener dentro del edificio, acordóse conducirlos al salón 1.º del mismo alcázar. Desgraciadamente, tuvieron lugar los terribles acontecimientos de la guerra de la Independencia. Nombra la junta provincial, esta abrió sus sesiones en el salón que dá al patio llamado de María Padilla, dividiendo una parte de él, por medio de un tabique no muy elevado. Impulsado el pueblo por el entusiasmo y ansioso de oír lo que se acordaba aquella en momentos tan azarosos, apoderóse de las bellas estatuas, y colocándolas á guisa de escaleras, se encaramaba, no sin

que cayesen desechas al suelo, salvándose solo de aquel naufragio, la de *Laoconte Atíno* y alguna otra, que debieron su existencia á hallarse á un extremo del salón. La primera víctima fué la de la *Lucha*, soberbio grupo. Pero, ansiosa la Academia por conservar algo de lo que habia sacado á sus espensas, se trajo la famosa mano de *Júpiter*, la cual es hoy uno de los modelos que mas sirven para formar la educación de los alumnos: tal fué, pues, el fin trágico que tuvieron aquellas grandes obras; fin que ha privado al Instituto de una tan rica como necesaria colección, tanta mas sensible, cuanto que la espresada Academia cuenta con ningunos ó escasos fondos para poder enriquecerse en obras dignas de ser estudiadas por los celosos artistas.

Desconociendo las causas que se aglomeran para impedir que el Museo sevillano tome mas incremento en la parte arqueológica, no nos es posible dilucidar esta cuestión con el acierto que sería de apetecer. Empero, otro sería el estado que presentara si se siguiera el sistema de escrupulosas excavaciones que se intentaron con algun éxito en los vestigios de la rica Itálica, siempre que estos trabajos fueran llevados á cabo con decisión y esmero, único modo de que tanto las estatuas, capiteles y pedestales, como otros preciosos restos, no sufrieran detrimento alguno. Aun no hace mucho tiempo que el tosco hierro del arado se detuvo contra una mole: era esa lápida erigida á C. VALLIO MAXIMIANO, que ha mencionado toda la prensa, y cuya buena conservación, solo se ha debido á la casualidad de hallarse en hueco, como á unos dos pies de profundidad.

Llevadas á cabo las excavaciones; relocados todos los cuadros que por su deterioro yacen retirados de los salones principales, pronto se recorrerían nuevas galerías adornadas, ora con buenos cuadros de diversos estilos, ora con antiguos restos donde el pintor y el escultor estudiase el gusto y esplendor de unas épocas hoy mancilladas. Lo hemos dicho y lo repetimos: es vituperable esa postracion tan nociva para el lustre del Museo que engalana á la coqueta niña del Bétis; y mas si se reflexiona la profusion de estranjeros que diariamente llegan á gozar de sus placeres, á visitar los soberbios monumentos que se elevan cual girasoles en medio de un canastillo de matizadas flores, á estudiar en conjunto las obras que el Museo guarda, sin hallar otro guía que su razon, es decir, sin tener un misero catálogo que anuncie el autor de la obra que examina, su escuela, su asunto, su poco ó mucho mérito.... Es laudable y equitativa semejante negligencia?...

Salgamos del Museo donde la imaginacion, en medio de aquella aglomeracion de recuerdos artísticos, que embriagan el corazon del ser apasionado, se deja arrastrar hasta el extremo de crearse esas placenteras ilusiones que, transmitiéndose al alma, la entusiasman y eleva. ¡Poder magnético de la sublimidad artística!... ¡Producto bello de la creacion!... Nos encontramos ante la mármorea escalinata del lindo paseo que se alza á las afueras del Museo. La monótona soledad y tristura que presentaba aquel sitio, ocupado antes por las ruinas del convento de Mercenaríos, los quebrados muros, cuyas desmanteladas ventanas daban paso á los rayos del sol, han desaparecido, para hacer lugar á ese ligero y elegante monu-

mento que ha arrebatado á aquellas estrechas callejuelas que antes existían, el pavor que impusieron tan luego como la noche difundía su imponente oscuridad. Los habitantes de aquel dilatado barrio, habrán, á no dudarlo, acogido con placer aquella súbita transformación.

Presentado y aprobado por la junta el plan concebido por el señor Bejarano, fué confiada su ejecución al arquitecto Marrón, que en poco tiempo dió por finalizada su obra. El 26 de octubre de 1846 fué inaugurado, en celebración de los régios enlaces, el nuevo paseo que embellece el exterior del Museo, y que forma el asunto de este artículo.

Aquel elevado terraplen, cuyas bellas y elegantes formas, han cambiado la faz de aquel insuperable laberinto de calles cortas, ahogadas y tortuosas, se halla circuido de elevadas verjas. Admirase el buen gusto que ha presidido en la elección de sus ornamentos, y la colección de las ricas estatuas y cabezas que lo decoran, posadas sobre caprichosos pedestales. Los bustos son de emperatrices y emperadores romanos, estraidos del betusto palacio que existe en la villa de Umbrete, asilo de los arzobispos de Sevilla.

Su figura es circular, pero prolongada por su frente; tiene 180 pies de largo y 90 de ancho. Súhese á él por dos espaciosas escalinatas y dos mas pequeñas laterales. Esta plantado de una doble hilera de árboles, cuyo follaje ofrecerá con el tiempo á los paseantes una agradable sombra. Alzase en su centro una fuente que representa un génio sobre un delfín, cuya boca lanza un caño de agua. Este capricho traído tambien del referido palacio de Umbrete, es de mucho mérito. Solo falta que desaparezcan las derruidas paredes, y que se erija la gran fachada, cuyo plano háse presentado á la censura de la Academia, para dar á aquel sitio toda la magnificencia que reclama.

M. JIMÉNEZ.

AMENA LITERATURA.

PINTURA, MUSICA Y POESIA.

He dado en la flor de dirigirme á mis benignísimas lectoras, y he de proseguir en mi tarea; por mas que algun lector adusto se amostace, creyendo desdeñada su sexo lo que solo es amor á otros mucho mas dulce y seductor. Y el dirigirme á la belleza no es un capricho inmotivado, tiene sólidos fundamentos, que voy á explicar.

Cuando me dirijo á los hombres todo se presenta á mis ojos árido, nebuloso y frío. Veo en primer término la política; monstruo de un millón de cabezas, que todo lo seca y devora, mostrando palpitantes miembros en sus fauces ensangrentadas. En segundo término, las ciencias nos ofuscan, niegan y confunden en su intrincado laberinto; y, por desgracia, basta en las artes amenentó las regias sobre el génio, sobre la inspiración la forma. Esto me sucede cuando dirijo mis miradas hácia los hombres; pero cuando vuelvo la vista hácia el sexo hermoso por ensalmo el panorama se transforma, y como en los jardines de Armida ó en los palacios transparentes de las leyendas orientales, todo encanta con la pureza de horizontes

tornasolados; todo embriaga con el perfume de las camélias y las rosas, y todo sonríe con la dulzura de un lago que las auras besan.

Otra razon muy poderosa encuentro en mi propio carácter, á la par vivo y melancólico, especie de contradicción que muchos creerán inverosímil y que sin embargo es la verdad. Temo abordar cuestiones serias, lo primero porque no cuento con la constancia indispensable para ir sacando una por una sus legítimas consecuencias; lo segundo porque á su simple enunciación me entristezco profundamente, y yo coloco la tristeza entre los enemigos del alma; creyendola mas perniciosa que las astucias del demonio, mas irresistible que las tentaciones de la carne, y mas fatal que las seducciones del mudo.

Perdonad, amables lectoras las esplicaciones que he dado, para légitimar mi predilección hácia vosotras; pues debí haber dicho sin rebozo, que lo hago porque así me place, y vamos á entrar en materia.

PINTURA, MUSICA Y POESIA es el epigrafe de mi artículo, y pese á quien pese he de hablaros, bien ó mal, de estas bellas artes. Pero... mi pluma se detiene, y sino es fascinación, oigo gritar á cincuenta pintores, «qué entiende ese botarate de PINTURA!» á cuya exclamación responden cincuenta músicos «¡y de MUSICA qué dirá!» mientras algun benévolo poeta, contesta como compañero y amigo, diciéndoles: «no hay por qué enfadarse; hablará á lo menos de POESIA.»

No hay por qué enfadarse, señores. No voy á juzgar *Las tres Marias*, ni el *Godofredo de Bouillon* del inspirado Federico; *La batalla de los siete condes* del correcto y melancólico Rivera; *La capilla de los Benaventes* del fecundo y fácil Villamil. Seguro puede estar Espin de que yo toque, ni de pensamiento siquiera, á *El asedio de Medina*; Eslava tendrá trégua para *Las treguas*; y aun no he de nombrar á Basili, ni en broma, su festivo *Diablo predicador*. Midiendo con la misma vara á los vates que á sus hermanos los músicos y los pintores, no hablaré á Zorrilla de sus versos, ni de sus dramas á Rubi; por otra senda marcharé y allá voy con el primer paso.

Pintura.

Confieso paladinamente que no sé manejar el lápiz, preparar la paleta, ni dar siquiera fondo á un lienzo; lo que se comprende fácilmente sabiendo que en toda mi vida he tocado un solo pincel. A pesar de esta confesión podría tratar Lien la materia, y aun excátedra, si ya que no dicho en la práctica fuerte me encontrara en la teórica; pero á Dios juro y á una cruz, siguiendo la forma judicial, que ni recuerdo las proporciones de belleza convencional que fijó el griego Polícloto, ni sé en qué consiste la corrección admirable de Rafael, ni la inimitable verdad de una de las glorias de España, del pintor de Felipe IV, en fin, del célebre Velázquez: por lo tanto no esperéis, lectoras, una crítica razonada, y si una discusión familiar, muy parecida á los entretenimientos de tertulia ó á la clismografía de café.

No quiero empezar averiguando la impresión que causa á la niña el primer vale que recibe, como recompensa de su talento, confuso embrión de toda especie; pero que pese á los pintores, suelen llamar una pintura: abandonó pues esta impresión, para llegar á la segunda mas seductora y penetrante. Fi-

guremos una niña con tonelete y calzoncillos, pero que empieza á distinguir la diferencia que hay entre el ser niño, que vé inmediato, y el ser niña, que siente en sí. Una mañana ó una tarde, la hora nada importa, se acerca al ser niña el ser niño, y precisamente un ser que la niña había distinguido entre varios. Este ser, con tímido ademán, desliza en el lino canastillo de la costura de la niña un papel en forma de billete, aunque torpemente doblado. Abrelo la niña al momento, y, ¡ó placer! sobre unos renglones blanquecinos y desiguales vé dos corazones de azafrán, enlazados por una cadena de tinta, y atravesados con una flecha de almazarrón. Cuadro alegórico y sencillo que completamente cautiva la atención de la tierna infanta, y mientras lee, sin comprenderlas, aquellas palabras hermosas, no aparta un momento la vista de los corazones enlazados. Crece la niña, la falda se alarga medio palmo, los calzoncillos desaparecen, y una carta mejor plegada y escrita con tinta mas negra ga á sus delicadas manos, llevando á manera de timbre dos cupidillos que se prenden en lazos de flores, ó un Enrique IV de Francia, que puesto de hinojos suplica á la hermosa Gabriela de Etrés. ¿Estos cupidos, este Enrique no llaman toda la atención de la hermosa dama? Dudarlo sería un crimen de lesa amor; y quien sabe cuantos pretendientes habrán debido su buena suerte á estas simbólicas pinturas.

Hacer el retrato de una hermosa puede producir al pintor la posesion de su hermosura; cuantos hombres célebres enamoraron simplemente por su retrato, y los matrimonios de los reyes tambien por retratos se arreglan. Un pequeño dibujo puesto en la hoja de un *album* puede ser la primera pagina de una historia, su nudo y aun su desenlace; importantes correspondencias se han seguido en los mangos de los pinceles, y cuantos secretos puede ocultar una cajita de colores. Mucho es lo dicho, pero nada puede compararse siquiera con el inefable placer de ver á diez leguas, á ciento, á mil, la imagen del amado objeto, siempre con el mismo semblante, por lo regular apacible, sin que frunzan sus cejas los celos, ni una lágrima de dolor enturbie sus negras pupilas.

Todas estas y otras ventajas, todos estos y otros mas placeres produce el arte seductor y mágico de Apelles y Rafael de Urbino; he hablado de él medianamente contra los temores del mas quisquilloso pintor.

Música.

He leído en un libro curioso, cuyo nombre recuerdo y callo, que el mas ilustre de los tebanos, Epaminondas, era tan diestro tocador de flauta como valiente general; pareciéndosele no poco al gran Federico de Prusia, que ambos instrumentos manejaba, la flauta y la espada se entiende. Lastima es y grande que mi erudicion filarmónica acabe en estos dos guerreros, y que tan pronto me vea obligado á entablar familiar polémica por no poner punto redondo.

El primer instrumento español, no me niego en su antigüedad y á su popularidad me refiero, es la guitarra; que así sirve para los conciertos de Huerta, resonando en los alcázares de los reyes, como para los inocentes pasatiempos de algun mancebo de barbera, alegrando el estrecho recinto de la modesta barberia. Y como hemos dicho que la guitarra es el primer instru-

mento español, aplicándola á nuestro tema nos dará brillantes resultados.

Desciendan conmigo mis lectoras á la corriente de la calle en una verbena de San Juan, y si no quieren descender, colóquense cómodamente en sus balcones y contemplen las abigarradas cuadrillas que en todas direcciones se cruzan, llevando, á guisa de tambor, una destemplada guitarra. A la música del instrumento se une la de voces multisonas, mas ó menos acatarradas por las libaciones del aguardiente, y á las que sirve de última consonancia, como si dijéramos de claro-oscuro, un confuso rumor de pies, que se van moviendo á compás. Incomparable es la alegría que el mágico instrumento produce, alegría que espresan los rostros y testifican las palabras. Pero alejándonos del bullicio de esta ruidosa muchedumbre, vamos á llegar recatándonos á la mas oscura calleja, y sin doblar del todo la esquina, nos alzaremos sobre las puntas de los pies, y alargando el cuello cuanto su elasticidad permita, descubriremos un bullo negro, medio oculto en las sombras de algun umbral. Colocados en nuestra acecha no armaremos el menor ruido, y oiremos á los pocos momentos, teuplar, preludiar y acompañar una cancion significativa y galante con la consabida guitarra. Esta cancion es quizás la historia del enamorado misterioso, y el embocado se presenta como último resto de los antiguos trovadores.

Dejemos la calle, por temor á las pulmonias y catarros, y arrellanémonos lo mejor que nos sea posible en un antiquísimo sofá con almohadones de damasco; despues de haber hecho un cumplido de quince minutos á una abuela, cinco cortesias á una madre, y una inclinacion de cabeza á dos ó tres nietas é hijas. Desde el sofá antediluviano veremos unas manos gorditas y con las uñas muy cortadas, acariciando dos ó tres veces el bruñido mástil de la guitarrita de nogal, oiremos despues un arpegio ó cosa que la valga, y despues la primera copla de la *Atala*, la segunda de la *Tortolilla* ó de alguna otra cancion moderna; pudiéndose aplicar á la cantora una especie de epigrama que dice: *Poquita voz pero descuidada*.

¿Pero quien ha traído á colación la guitarrita y las antiguallas de esta familia patriarcal? ¿Quien nos impide penetrar en un elegante gabinete, sentarnos á un hermoso piano, teclear un poco, como si supiéramos hacerlo, y dejar entre un libro de música una sentida carta de amor? ¿Quien nos priva de que en un ambiente espresemos toda la amargura de un corazón triste y celoso, y en un alegre toda la vehemencia de una pasión incomparable; todo el dolor de un desengaño, todo el rigor de una venganza? ¿Por qué haciendo un alfabeto de signos, no encerrará una contradanza una declaracion de amor, no daremos en un vals cita al objeto de nuestro culto, y no contendrá un rigodon largos y prudentes avisos? ¿Será acaso la primera vez que se prefiere de un concierto se teagan citas amorosas, ó que oyendo una serenata se pèle la pava lindamente?

La pompa del culto religioso consiste casi exclusivamente en los cantos que á Dios elevan: la orquesta ocupa en los saraos el mas importante lugar, y muy pocos espectáculos públicos, los toros incluidos, carecen del atractivo de la música. Los pájaros se entienden can-

tando, y los suspiros de los amantes tienen una dulce armonía.

Mucho más pudiera decir para probar mi suficiencia y que se quejaban sin razón cisquenta músicos indigestos.

Poesía.

¡Ahora sí que estoy en mi terreno! ¡qué erudición tengo! ¡cuántas cosas de fechas antiguas y modernas voy á citar! ¡Será un prodigio! Desde el célebre canto de Moisés, en las márgenes del mar Rojo, hasta las Doñoras de Campaamor y las fabulas de Hartzenbusch todo vá á salir á colado, y no ha de quedar monigote que no lleve vela en el entierro. O ahora ó nunca. ¿Cuándo he de tener yo otra ocasión de presentarme en el palenque tan armado de punta en blanco como hoy? ¡Jamás!

A buen seguro que yo me ocupe de criticar á los que copian algunos versos de Arriaza, apropiándose los para ablandar con ellos los empedernidos corazones de sus esquivas Duleineas. No tengo tiempo para hablar de los que, traperos literarios, van recogiendo pensamientos, y reúnen un cajón de sastre, para hervirlos despues con él un mal vestido de arlequin. Entretenáse otro con los que escriben sentidas poesías en los *album*, creyendo enamorar con ellas á las lindas dueñas de los libros. Satirice quien á bien lo tenga á los fabricantes de epigramas, que epigramas son de sí mismos; yo quiero hablar sério, muy sério, para probar á todo el mundo que mi buen amigo el poeta tenía razón al esperar cosas muy buenas en la tercer parte del programa, que lleva por epígrafe mi artículo.

Los pintores se habrán equivocado, porque algo he dicho de pintura; se habrán equivocado los músicos, porque algo de música he dicho; para que todos queden iguales, para que el poeta se equivoque, no digo nada de poesía y pongo aquí punto redondo.

JUAN DE ARIZA.

EDUCACION.

DE LA UTILIDAD DE LA LECTURA COMO ESTUDIO.

Es muy comun hallar en la sociedad gran número de personas, que sin asistir á las cátedras y sin haber pagado ni maestro ni matriculas, han llegado á la completa posesion de una ciencia; nada tiene de extraño si estaban dotadas de fácil comprension y podian por sí solas hacer el estudio tal vez mejor que bajo la direccion de un profesor. Tambien es comun encontrar sujetos que solo por la lectura han llegado á poseer cierto grado de saber, que conservan en la memoria noticias, ideas y datos de lo que leyeron, y no pocas lo aplicaron con tanta oportunidad que deslumbran y consiguen con este barniz de inteligencia darse nombre é importancia.

En realidad se parte de un principio falso, se cree que la lectura es suficiente para la instruccion, y la lectura se debe considerar bajo dos aspectos; ó como me-

ra distraccion intelectual, ó como trabajo mental; en el primer caso con leer y leer cosas agradables es suficiente para conseguir el objeto, de esta clase de lectura no puede seguirse más que haber pasado gratamente el tiempo y haberse divertido, quedando no instruccion sino erudicion que bien aplicada honrará mucho al individuo pero que usada como generalmente se aplica, dará por resultado la ignorancia engraisada, y la pedanteria consumada; manifestando á la comprension del hombre pensador, que la cabeza del interesado es una de las muchísimas que no tienen un orden metodico intelectual y que no hay en ella sino aquel bello ideal, producido en una imaginacion viva, mas ó menos enferma, por la ilusion que la hayan hecho formarse inmerecidas alabanzas.

La lectura tomada como estudio mental, es menester que lleve un sistema, que guarde un método, en una palabra, que dé á las ideas una acertada colocacion. Esta clase de instruccion es la que verdaderamente conduce á saber y es el verdadero motor de la inteligencia; pero no consiste tanto en leer mucho, como en meditar con acierto. Tomar un libro y leer desde el principio al fin sin poder formarse ideas sobre cada una de las partes, analizándole y como enlazando los pensamientos que nos producen con los que nosotros nos hemos creado, es perder el tiempo. El que pretenda aprovecharle con la lectura y aumentar el caudal de sus conocimientos, es indispensable que se circunscriba, que se fije en un género de lectura, que formule un sistema, que entable aquel método mas acomodado á su genio y carácter, que con este plan adquiera libros analogos á la ciencia en que quiere adelantar, y que tomando una página no pase á otra sin haberse formado idea de aquella, ni de un capítulo á otro sin haber demandado á la memoria una razon mas ó menos exacta, una coleccion de pensamientos, que encadenándose con los que ya posea, vayan á formar un punto de apoyo en su mente donde afirmar los posteriores conocimientos; con este método se adelanta mas ó menos segun la capacidad respectiva, pero es un adelanto real puesto que el que sabe mas es el que ha leído con mas aprovechamiento, sacando de ello lo mismo que el destilador la mas pura esencia; y colocándola y conservándola mas herméticamente tapada.

Cuantos jóvenes se pierden por falta de estos principios, cuantas inteligencias se embotan y cuantos hombres hay que por no conformarse con pasar por medianas inteligencias en fuerza de un regular y metodico estudio pasan por grandes necios y colosales pedantes, despues de alabarse de haber leído mucho, pues que son como los tontos que viajan, los cuales á la vuelta se encuentran en el mismo lugar y en idéntico estado.

CRONICA.

Recomendamos á nuestros lectores el *Romancero Pintoresco* ó coleccion de nuestros mejores romances históricos y caballerescos, que está saliendo á luz adornado de preciosos grabados y grabados en madera y dirigido por D. J. E. Hartzenbusch. Las tres entregas publicadas escuden en lujo á cobito se ha impreso hasta ahora entre nosotros. Se suscribe en las librerías de Bazola, Foupart y Cueta.

La empresa del Instituto ha admitido una linda comedia en tres actos que lleva por título

*«El que piensa mal acierta
y el que no piensa también.»*

Una circunstancia notable ha llamado nuestra atención. El teatro de Variedades anuncia al propio tiempo otra comedia, que si hemos de creer en su título de *Piensa mal y acertarás*, debe tener igual argumento que aquella. Esta circunstancia, repetimos, y la de ser ambas producciones originales, en verso y en tres actos, y no conocerse sus autores, son coincidencias que muy rara vez tienen lugar. Con la primera comedia, que es la que conocemos, creemos que la empresa del Instituto ha hecho una buena adquisición.

ADVERTENCIA.

En la entrega próxima concluirá sin falta la Re.

vista de la Exposición, que nos hemos visto obligados á suspender por la indisposición que ha padecido su autor.

En uno de los primeros números de Diciembre comenzaremos, entre otros originales de interés que tenemos dispuestos, á insertar una *leyenda del Señor Zorrilla* enteramente inédita; una *composición del Sr. Breton de los Herreros*; tres artículos acerca de la *biblioteca del Escorial* por el Sr. Amador de los Ríos; *Santiago el Verde en Madrid*, por el Sr. Hartzembusch, etc.

DIBUJO INÉDITO DE ALENZA.



El entierro de un pobre de aldea.